

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 12 DE NOVIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

El ocio salvador

New York, 9 de octubre de 1923

EL doctor Charles P. Steinmetz, famoso electricista, predijo hace poco que dentro de cien años el mundo estará organizado según reglas colectivistas y que entonces las ciudades limpias y sanas, habitadas por hombres felices, harán uso de la electricidad para todos los menesteres de la vida industrial y doméstica. En las lóbregueses en que vive el mundo hoy, con Europa desgarrada por rencores y codicias, presa de la dictadura y de la violencia, con su cultura a pique de arruinarse y su organización económica tambaleante, y con perspectivas ominosas en todo el resto del mundo; en esta época de transición en que ya se ve que la humanidad cava la huesa de un pasado inicuo que engendró y maduró los frutos de ceniza de la guerra, es fácil soñar con un mañana mejor, menos torpe y más tranquilo. Es una edad propicia a los sueños y los hombres se dan a soñar con tenacidad y vehemencia, que quizás no delaten un ansia de justicia, pero por lo menos denotan el cansancio de las falsas tradicionales, el deseo de buscar por caminos nuevos el equilibrio supremo de la justicia, quizás inasequible, pero cuya búsqueda es lo único que ennoblece y salva el alma de los hombres.

Un matemático inglés decía no ha mucho que uno de los elementos disolventes de la civilización occidental es la manía o el empeño del trabajo continuo, la ignorancia y desprecio de la fuerza y la dulzura del ocio, y que deberíamos ir a aprender entre los orientales que han conservado los rasgos originales de su cultura, y a quienes solemos tachar de atrasados y bárbaros, el concepto y la costumbre del ocio noble, que purifica y fortalece el espíritu. Ahora el electricista de Schenectady repite con diferentes palabras el concepto del escritor inglés: pensad menos en vuestro trabajo y en el lucro que deja, y más en vosotros mismos, en la humanidad como conjunto solidario y ente vivo, intelectual y moral.

Los adelantos mecánicos que hace un siglo se consideraron como elementos liberadores del hombre, han venido a remacharle las cadenas. A fin de que los barcos corten veloces las ondas del océano y las locomotoras pasen raudas de ciudad en ciudad conduciendo los frutos de la industria, millones de hombres tienen que vivir encerrados en las entrañas lóbregas de las minas y otros millones de hombres trabajan y sudan doce horas arreo en las fundiciones de acero. El desarrollo del comercio ha creado la fábrica moderna, más terrible, por su uniformidad, por su monotonía y por su disciplina, que cualquiera labor de las que se obligaba a ejecutar a los esclavos antiguos. En algunas fundiciones de acero de los Estados Unidos acaba de conseguirse para los obreros la jornada de diez horas de trabajo, lo cual se considera, por el momento, co-

mo el máximo de concesiones de los propietarios y como gran conquista por parte de los trabajadores. Un hombre que labora diez horas diarias en una ocupación material monótona, sin aliciente espiritual alguno, tiene que convertirse al poco tiempo en simple bestia de carga o en algo peor, en una simple parte de una máquina, en mero útil o herramienta.

El ocio, que es el gran pecado para el evangelio industrial moderno, ha sido siempre la fuerza y el sostén de las civilizaciones. Cristo señaló como ejemplo a los lirios del campo, tan espléndidos como Salomón en su gloria y que, sin embargo, no hilaban ni tejían. Fué el ocio de los griegos, y no el trabajo material de los esclavos, el que creó la civilización helénica. Los poemas homéricos son fruto del ocio, y el ocio de Sócrates, que le permitió platicar con sus discípulos, fué la semilla de la filosofía del occidente. Pero el concepto del ocio en el mundo de hoy es cosa

(Pasa a la página 115).

Dándose las manos

[Leído este discurso en el *Xantar* mensual número XXXII celebrado por la CASA DE GALICIA, en Buenos Aires y en diciembre de 1922].

Señores:

Limpiaré mis frases del énfasis que sólo conviene a un discurso. Pienso que la oratoria es inútil donde no desempeña siquiera un papel persuasivo, y este auditorio a quien me honro en dirigir la palabra, está de antemano convencido de lo que viene a sustentar y mantener con su presencia: el ideal latino-americano o ibero-americano, — el nombre es lo de menos, — como hecho incontrovertible y como sentimiento real en el espíritu de cien millones de hombres. No quiero que una oratoria de mala ley modifique desvirtuándolo aquello que por sí mismo es grande y de suyo elocuente. Los escarceos retóricos son inoportunos siempre que, como en el caso actual, la idea justa no ha menester esfuerzo para imponerse como afirmación categórica. El sentimiento de confraterni-

dad latino-americana existe, a veces confuso, en ocasiones mal definido, desviado con frecuencia de su significación genuina, y aun puesto de tarde en tarde al servicio de intereses bastardos y de malas pasiones; pero dista mucho de aquella amalgama informe, de ese conglomerado heterogéneo que caracterizan agrupaciones artificiales de pueblos, creados con fines que no son siempre nobles ante un riguroso criterio de moral humana. De este apretado conjunto racial que el pasado liga, que vincula el presente y que afianza el porvenir, ningún pueblo ibero-americano tiene derecho a ser excluido, y en la obra común, cada cual tiene su parte.

Una sociedad española nos congrega, y están con nosotros los ministros de Portugal y del Brasil, confiados en que del trabajo futuro ni ellos ni nos-